

Estas palabras, pronunciadas en el acto de entrega del Doctorado Honoris Causa en Comunicación Social por la Universidad Pontificia Bolivariana, señalan los resultados del empeño puesto en desarrollar el campo de la comunicación: múltiples líneas de investigación abiertas, numerosos establecimientos funcionando, una producción bibliográfica continua que habilita el diálogo entre colegas, gran cantidad de egresados trabajando en áreas diversas, paradigmas contruidos y destruidos con constancia, en honor de todo lo cual se agradece la presente distinción.

ACTO DE ENTREGA DEL DOCTORADO HONORIS CAUSA EN COMUNICACIÓN SOCIAL POR LA
UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA¹

Queridas, queridos amigos.

Quiero agradecer en primer lugar al señor Rector de esta casa, al Consejo Directivo, a la directora de la Carrera de Comunicación, a los colegas de esa carrera y a toda la comunidad de la Universidad, por una distinción que me llena de alegría y de orgullo.

Nuestra América Latina fue, desde sus orígenes en el magma de la Tierra, el continente de la desmesura. Basta asomar a sus geografías para comprenderlo: desiertos sin márgenes, ciclones capaces de llevarse de raíz una ciudad, ríos como mares, trópicos donde la vida borbotea sin tregua, volcanes incandescentes, terremotos violentos cual cataclismos siderales.

En paisajes semejantes no pueden sino nacer seres signados por la desmesura. A uno de ellos refiere el nombre de esta querida Universidad. La gesta bolivariana constituyó un desborde de energía como pocos se han dado en la historia. Desborde también de sueños, de aliento utópico que aún nos agita el alma.

En esta Universidad conocí a otro maravilloso desmesurado: Gabriel Jaramillo Echeverri. Desmesurado en su bondad, en su confianza, en su capacidad de amar. Fue Gabriel uno de los seres que más amé en mi vida y no fui el único a quien le despertó ese amor.

En recuerdo suyo, de su labor sacerdotal y de su práctica de comunicador, recibo esta distinción.

Formo parte, desde mediados de la década del 60, de un desmesurado, incontenible movimiento latinoamericano, el de la comunicación social. Por aquellos tiempos no éramos nadie, nos asomábamos balbuceantes al concierto de las ciencias sociales, reclamábamos con voces casi inaudibles un espacio disciplinario y profesional, andábamos como recién nacidos en busca de nuestra identidad.

En poco más de 30 años hemos construido un campo ancho y profundo, hemos abierto vigorosas líneas de investigación, los establecimientos de nuestra especialidad se acercan al medio millar, una continua producción bibliográfica nos permite dialogar sin complejos con colegas de otros sitios del planeta, nuestros egresados se desempeñan en medios de comunicación y en proyectos e instituciones, hemos construido, idolatrado y destruido paradigmas con una constancia de orfebres, estamos empeñados en comprenderlo todo, porque ninguna práctica social escapa a la avidez de la mirada comunicacional; no nos alcanzan los días, ni las horas para colmar estas ansias de contexto, esta pasión irrefrenable por los seres humanos, por sus discursos, por sus juegos de seducción y de poder, por sus expresiones y sus silencios.

Es a nombre de ese movimiento que recibo esta distinción.

La comunicación social que impulsamos con todas nuestras fuerzas y más allá de ellas, hunde sus raíces en una tradición latinoamericana milenaria. Nos sentimos herederos de esos seres descritos por el Popol Vuh, el libro de los antiguos pueblos mayas, que se gozaban en la plática y eran capaces de escuchar a sus semejantes y a los astros; herederos de voces abiertas con la fuerza de mil soles a la poesía, de un periodismo que entregó vidas preciosas y las sigue entregando, y de propuestas educativas empeñadas en lograr que los estudiantes se construyan en el diálogo y en la expresión. No dejo de mencionar aquí a otro ser que he amado a pesar de la distancia en el tiempo: Simón Rodríguez, quien fue uno de los primeros en el continente en reconocer una relación visceral entre la comunicación y la educación. Herederos de ideales de sociedades distintas y de democracias no manchadas por corruptores y corruptos, por la violencia y la miseria. Herederos de una fiesta del lenguaje que pueblos enteros han venido sosteniendo con su empeñamiento en la vida, el juego y la alegría.

Es en reconocimiento de esa herencia, de antiguos y presentes ideales que recibo esta distinción.

Elegirse como comunicador social es saberse para siempre un ser volcado hacia los otros, en una práctica posible sólo por la interacción con ellos. Nuestro movimiento se compone de cientos de educadores e investigadores, de comunicadores en medios y en todo tipo de proyectos e instituciones, de miles y miles de estudiantes. He podido entretejer por nuestra variada Latinoamérica amistades para siempre, sostenidas por afectos y por incansables búsquedas comunes. Hoy trabajo en la Universidad Nacional de Cuyo, en Mendoza, y continúo entretejiendo amistades y afectos.

Es en celebración de la amistad, es a nombre de mi Universidad y de los queridos amigos latinoamericanos, colombianos y paisas que acepto esta distinción.

Si los amigos son la sal de la vida, nuestros seres más cercanos nos sostienen y nos acompañan en los cotidianos esfuerzos de urdir escritos y sueños. Me refiero a mi amada familia, con la cual nos abrimos hace años a la patria grande de este

continente. Es a nombre y en reconocimiento a Berta Irene, a nuestras hijas Laura Cristina, María Eugenia y Ana Beatriz, es desde la alegría de mi nieto Tomás Gabriel y desde la serenidad de Guido Flores, padre de mi compañera, que acepto esta distinción.

Queridas, queridos amigos.

Quienes nos llamamos comunicadores sociales celebramos día a día la palabra, la amistad y la vida. Agradezco a esta querida Universidad Pontificia Bolivariana por una distinción que reconoce la celebración de la palabra, la amistad y la vida.

Agradezco este desmesurado honor a mi persona.

Daniel Prieto Castillo
Mendoza, 12 de septiembre de 1999

¹ Palabras pronunciadas en el acto de entrega del Doctorado Honoris Causa en Comunicación Social por la Universidad Pontificia Bolivariana, en ceremonia realizada el 14 de septiembre de 1999.